

La Operación

Por Lourdes Chorro

Seguro que llaman, no has debido dejar el hospital. Despertará y tú no estarás allí. Y, no creas, dirá que sí pero no recordará nada porque tú estabas allí dispuesto, como siempre, a vivirlo, incluso padecerlo por ella. Te dirá que sí, que es consciente de todo lo que pasó. Del trayecto marcha atrás camino del quirófano, en el que los ojos enfermos se pierden entre interminables fluorescentes de techos uniformes. Ya la conoces, le angustia pensar que el control de su vida está fuera de su alcance. A cada paso, haciéndote ver tu constante dependencia de ella, cuando seguro que es para ocultar que sin ti, todo le da vueltas. Y las miradas de conmiseración que imaginó a su paso, si las hubo, porque ella no las vio. ¡A ella le había sido tan fácil, hasta ahora, tener esas miradas al paso de los otros! Y ese mareo en su cabeza, en sus ojos, mientras se dejaba llevar ¡sin una sola protesta hacia lo desconocido e incontrolable! Ella que tan bien sabe reclamar y defenderse de no importa qué. No la viste sonreír al infinito como si así pudiera conseguir un tránsito más favorable. Pero ¿a qué lado de la camilla te pusiste que su mirada no logró alcanzarte? Igual que sus reproches te buscarían la noche anterior, en las sombras que se colaran por las rejillas de los dos ventanales que fuiste incapaz de cerrar del todo. Y mira que lo intentaste. A esas horas no era cosa de pedir que la cambiaran de habitación.

Fue ella quien te mandó que te marcharas. Tenías tanto cansancio acumulado en tu afilada cara. Y seguro que se quedó impotente, perdida entre aquellas intrusas, a la espera de que esa noche pasara. Y tú, en casa, escuchando el ruido del camión triturador de basura. ¡Menos mal que no creíste todas las bravatas de que no entraría en el quirófano en el último momento! Con el trabajo oculto que te llevó la preparación de todo. Un mes fingiendo y pasando el peor de los exámenes al hacer frente a los resultados de cada prueba. Porque ella no quería saber nada y menos con antelación, las fechas sentencian, mejor vivir en la ignorancia, decía. Repitiendo, invariable, que no podría soportarlo. Su miedo lo convierte todo en irremediable, agarrota sus entrañas. Y las pruebas encadenándose sin llegar a una conclusión definitiva. Sabías que esto es así, que forma parte de los protocolos, ¡qué diferente es que te toque vivirlo! Tú, tan enemigo de favores, los pediste para aliviar su angustia y que todo se agilizara. Y, cómo no, ella exigiéndote explicaciones, los porqués de más pruebas que fueron surgiendo. Y ella desahoga que te desahoga con todo el que encontraba. Y tú consultando en el hospital con los compañeros de otras especialidades, la mayoría desconocidos, en cuyas manos la dejabas. ¡Y qué más podías hacer!

Y después, mientras la contemplabas desnuda, con la carne agujereada, vuestra historia de veinte años se disipaba en la burbuja de la REA en que estabais sumergidos. Descubres que el futuro no existe, lo que conforma el tiempo son todos los acontecimientos del pasado. Ese pasado paipay que sueña con ser abanico para poder cerrarse. ¡Qué confundida al salir de la anestesia! Abalanzándose con esa furia, entre cuatro no pudieron reducirla y tú contemplando impasible. Como si llevaras puesto un antifaz. Como las hormigas alrededor de un cadáver. Algo os está devorando sin remedio. Gritando enloquecida que quería levantarse, cuando por la sonda se le escapaba hasta la orina. ¡A ella que nunca sería una mujer Tena Lady! Y ese chillido gélido que no cesaba de traspasar tus oídos. Dios, te dejó sordo, presintiendo los ruidos de alrededor, esforzándote por escucharlos hasta acabar exhausto. Al fin la vencieron las drogas. Y tú pensando, ¿y si algo fallara? ¿y si desapareciera atrapada por la oscuridad? Respiraste aliviado cuando cesó de gritar y se calmó, lograron sedarla de nuevo. Los demás pacientes en el más absoluto de los silencios. Luego te dirá que ella no hizo eso, que era el dolor de las contracciones que arrancaban sus entrañas. Tu jefe y dos colegas han bajado a verte, te han hecho compañía y han presenciado sus peores momentos. ¡Ni te lo plantees! Más tarde te consultaron para quitarle el oxígeno y regresaste tras la camilla. Ella dormía ausente. Entraron dos enfermeras en la habitación, una te saludó, no sabía nada. Se ofreció, cualquier cosa que necesitases no debías dudar en llamarla. Estaba agradecida por algo que te pidió y has olvidado. Te sonrojaste. Sentado a los pies de la cama, en la cabecera se colocó su madre. La silla era algo incómoda y aún así notaste que empezabas a adormilarte. Y apareció aquel labrador negro y dócil que te seguía en sueños las noches anteriores a la operación, había vuelto con su ojo izquierdo ciego. Te giraste, le hiciste frente. Levantó el morro y aulló en silencio. Le abandonaste.

Te zarandearon para que te fueras a casa, te estabas durmiendo. No te dejaste convencer. En el pasillo con las piernas entumecidas, te dirigiste hacia la máquina de café. Necesitabas despejarte, si despertaba y preguntaba por ti, querías estar ahí, tenías que estar ahí. No te lo perdonaría. El móvil cimbrió tu pierna, le quitaste el sonido por la mañana muy temprano, antes de que empezara todo. Lo cogiste ante uno de esos carteles con una bella enfermera que tiene pegado a la boca un dedo en señal de silencio. Unos alaridos de mujer histérica vociferaron que si eras un hijoputa. No contestaste, tan sólo dejaste que tu dedo apagase la llamada y se desvaneciera aquella voz equivocada. El café goteó y ensució tus pantalones. Si se despertaba y te veía de esa guisa se enfadaría. La culpa es

tuya por quitarte la bata, parece que te queme llevarla. En el baño intentaste borrar las manchas pero el cerco se resistía, ni se difuminaba.

Otra vez en el pasillo, ante la 3D18, es la suya. Un estremecimiento extraño te invadió al darte cuenta de que había alguien familiar allí dentro y no caras ajenas a las que pasar visita. Ella continuaba ausente, el cuerpo con los músculos tensos, la cara parecía sacada de una fotografía velada. El resto de su familia permanecía en blanco y negro alrededor de la cama ensimismados, atentos a los goteros. En un cartel sobre las ventajas de la lactancia materna, una niña con ojos azules, te sonrió pícara con sus escasos pelos rubios de punta. Nunca tendréis hijos. Aunque ella lo tenía decidido de antemano, ni siquiera el azar podrá intentar jugar ya un papel en vuestra relación. Y los niños de barro bajo el sol, continuarán mirando al cielo en la rotonda que os desvió de la ruta a seguir. Alguien dijo que el segundo corazón de la mujer es la matriz. Ella ha perdido los dos. Pareció moverse, abandonar su rigidez.

Hubieras querido desentrañar la huella que persistirá de su sueño, en ese estado de semiinconsciencia. Cuando abra los ojos, en quién los fijará o reducirá el infinito en una mirada que no ve nada concreto. ¡Cómo tantas veces, en este mes, la has encontrado haciendo entre las tres y las cinco de la madrugada! En la butaca del salón sentada con una infusión de relax que acababa de prepararse en la cocina. No sabías qué decirle más que acuéstate, por favor, no te vayas a enfriar, no te conviene. No contestaba pero al cabo de unos instantes te seguía hasta la cama envuelta en un suspiro que te dejaba lleno de insomnio el resto de la noche. Ella se quedaba mirando el techo hasta que roncaba. Crees que los zombis roncan. Por la mañana, no dejabas que el despertador sonara y te deslizabas por la habitación hasta silenciar la puerta, mientras ella rendida soplabá leves ronquidos. No te oía marchar. Como no te oyó tu madre entrar en casa, dos días antes de casaros, mientras a tu hermana le decía furiosa que eras un pelele en manos de esa chica y que se tendría que aguantar porque era peor oponerse. Ellas aún no habían llegado pero estarían al caer. Dijiste que las avisarías para que vinieran después de la operación y ya hacía un buen rato que las llamaste. Tenías que salir a la puerta de urgencias a recogerlas. Seguro que ella, al despertar y verlas allí, junto a su familia, pensará que lo han hecho por el qué dirán. Volvió a sonar el móvil, al oír tu voz cuelga. Era la misma desconocida pero te precipitaste y colgó. Una voz angustiada, debías haberla dejado hablar. Recuerdas el zig-zag de la arena en la solitaria duna. Tu póster preferido.

Todos los libros que últimamente se ha comprado los deja a medias, parece que tuviera miedo a acabarlos, a conocer el final. Si le sugieres que no compre más, que no tenéis sitio dónde guardarlos, alega que no puede

esperar, que son buenísimos y necesita leerlos. No discutes, aunque te pone malo verlos aparcados en todos los rincones de la casa en tenderetes, sobre

las sillas, amontonados en las mesas. Si se los recoges, le fastidia y se enzarza en retahílas a cerca de que no es de tu incumbencia si los lee o no. Creíste que tenía fiebre, estaba sudando, gotas amarillentas se habían alojado en sus sienes, sin rozar la curva que delimita su cara. Parecía una muñeca sin ojos, enfadada por haber perdido sus coloretos. Las noches anteriores a la operación, aún sin saber la fecha, apenas ya se movía en la cama y, al darse la vuelta, no se llevaba el edredón a su lado. Se había acostumbrado a hacerlo y alegaba que eras tú el que se lo echaba encima, como eres tan caluroso. ¿Cuántas noches te has despertado con frío y no te has atrevido a tirar de él para no desvelarla? Observaste el teñido de su pelo, era tan rubio que blanqueaba a mechones y un remolino en la coronilla se empinaba desde la almohada. Parecía una margarita despeinada. Se enfadaría si se lo sugirieras, pero no te gusta el pelo liso forzado que se empeña en domesticar. Con lo desenfadado y natural que es su pelo rizado aunque apenas ya te deje verlo. Y enmudeces como enmudeciste por aquella sombrilla con estampaciones de playa muerta que afrentaba a un mar lleno de vida. Ni se te ocurra mascullar que se ha vuelto como los paneles japoneses que ha instalado en toda la casa. Ya sabes que se revolverá contra ti alegando que tú si que te ocultas bajo las capas de tus sentimientos.

Estás desempolvando fisuras del recuerdo por el vaho del tiempo adormecidas. Y no le hables de sus ficticias indecisiones, siempre conque no está segura de sí lo escogido era lo que de verdad le gustaba. Que se ha dado cuenta que quería otra cosa y que tú apoyaste a la dependienta y se vio coaccionada. ¡Claro, como tú te decides por lo primero que ves! Por eso la escogiste a ella, esa sería la respuesta que se merece. Pero no es verdad. Y si al final te llama por el nombre y el apellido, no repliques, para qué. Aborreces entrar en discusiones inútiles que sólo servirían para empeorarlo. Ella que, hasta entre los cuchillos de la cocina, tiene su favorito. El ficus Benjamina se tambalea, sus hojas crecen hacía un solo lado. Odias ir de compras y a ella le ha dado por vivir de compras. Estás seguro de que ha llegado a odiar los domingos porque cierran las tiendas. Tiene fijación por los sombreros que admira en su armario. Nunca se los pone. Siempre con sus ahora no, ¡pero en qué estás pensando! Y ante tu silencio de disgusto, te echa en cara que ese es tu problema, que te estás dejando atrapar por canciones del pasado. Ese pasado que sólo sabe arañar los recuerdos. Qué le voy a hacer, cariño, si yo encuentro algo tan especial en las reposiciones. Es tu mantis religiosa, ¡no tienes idea de lo que pasa por su cabeza! Desde hace cuatro semanas todo se te hace inmenso, el pasillo de la planta de

ginecología, las vibraciones del metro que a las seis y media, puntual, remueven vuestra cama, el techo de la habitación al acostarte. La distancia

entre tu almohada y la suya, cada paso que das para esquivar cuando ves a algún conocido. La conjugación de los tiempos verbales ahoga. Y la supervivencia os instala en esta losa que es el presente. Cuando despierte, háblale de los narcisos que han brotado en el balcón. ¡Los había plantado con tanto deseo antes de ingresar! Y te pidió que los regaras. No le digas que una ráfaga de viento ha tronchado su palmera. Te culpará porque no quisiste transplantarla. Si la hubiera encerrado en un invernadero, estaría sedada como ella.

La pareja del turno de noche entró a cambiarle la bolsa de la sonda y te saludaron. ¿Es algo tuyo?, te preguntaron ante la expectante mirada de todos los presentes. Su madre se adelantó, es su mujer. Y díganme ¿la orina es normal? Incómodo, esperaste a que el interrogatorio cesara. La ignoraron, sin mirarla si quiera, te comentaron que si necesitabas algo, acudirían enseguida. Diste las gracias. Con la palabra “gracias” siempre en la boca, ¿no tienes otra cosa qué decir? ¿Es que no sabes decir no? Callas. Te hubiera gustado desde niño hablar con todo el mundo y no sólo cuando te preguntaban y con monosílabos. Siempre escondido bajo las faldas de tu madre. A tu padre le llevaban los demonios. A ella ahora le pasa lo mismo, se muere de rabia porque no te haces valorar lo suficiente y otros se aprovechan de tu trabajo. Has llegado a reconocerle que eres tonto pero que eres así y no puedes cambiar. Pues aparentar, hijo, aparentar como hace la mayoría. No se puede ser tan conformista como tú. Ante sus palabras, te has tragado más de una lágrima para que no se escapara tu impotencia. Y eso que los hombres no lloran, ¿verdad, papá?. Pero ¿sabes?, la cabeza del radio, tan insignificante y, sin embargo, el brazo no puede hacer el juego sin ella.

Impotencia también tienes ahora al no poder desahogar tu preocupación y tener que someterte solo a los resultados. ¿Y si en anatomía patológica te dijeran lo peor? Todo recaerá sobre ti y ya verás, al final, vas a pagarlo, tanto estrés te va a pasar factura. Recuerda que de niño te subiste en los dichosos patines que te habían regalado aunque aquella cuesta por mucho que intentaran tus pies ir hacia arriba, te llevara hacia atrás. Y no te caíste. Ser un pececillo que se deja enterrar por la arena, en la orilla y, cuando ésta cree atraparlo, escapa en la ola mar adentro. Echas de menos que te deje colocar la cabeza junto a su pecho desnudo y apoyar tu nuca en ella para darte cobijo. Ya ni recuerdas cuándo comenzó a dormir abrazada al cojín de colorines que le regaló su madre. Ahora se da la vuelta y no te brinda más opción que su espalda. Hasta el río acoge al ahogado en sus entrañas.

Toda la noche enganchada a las tertulias de la radio o a lo que quiera que escuche, con un auricular perenne en su oído y el otro pegado a la almohada. De nada te sirve hablarle. No escucha ni tus suspiros adrede en

alto. Dice que sin la radio no puede dormir y toda la noche el piloto rojo encendiendo la oscuridad de la habitación. Y todavía te molestas en cambiarle los auriculares por miedo a que pille una otitis. Los deja tirados encima de la mesilla.

De nuevo llaman al móvil, Fernando, no me cuelgues, sé que estás ahí, ¡hijo puta! Sin saber por qué contestas, no, no lo soy. Cuelga y no te da tiempo a explicarte, es tu sino. Últimamente, nunca aciertas en nada. Ni siquiera en los regalos de navidad y cumpleaños. Al final te pide los tickets, sabe que los guardas, y acaba devolviéndolos. Y ahora necesita tu silencio, ha dejado todo en tus manos, no quiere saber.

Estaba amaneciendo, tu madre y tu hermana no vinieron. Se disculparon por no hacerlo. Se acercarían mañana, hoy molestarían. No podías verla así y quisiste ir a casa. Pensaste dar miles de explicaciones, pero no dijiste nada. Te estaban repitiendo que tenías aspecto cansado. En la calle, no miraste atrás hasta que llegaste al parking. El rótulo del hospital permanecía encendido. La luz naciente se confundía con la de las farolas sin apagar. Te cruzaste con algún otro coche madrugador. Entre cartones, un borracho solitario brindaba con la mano vacía. Al llegar a su altura diste un rodeo. Te dio miedo sentirte tan cerca de él, abandonado como la ropa usada. Te gusta la gente que recicla sin confundir los contenedores. El coche de ella está en el garaje, por eso aparcaste donde quedaba un hueco, dos calles abajo. Pulsaste, sin fijarte, el botón del ascensor y, te llevó a la buhardilla. Quizá necesitabas averiguar si permanecía atiborrada de objetos. ¡Hacía tanto que no subías! Allí siempre había luz aunque nunca supiste de dónde venía, porque ella se empeñó en cegar el tragaluz para que las palomas no destrozaran el cristal. Le sugeriste que con una malla a lo mejor era suficiente. ¡Y, cuántos momentos saboreaste rodeado de trastos viejos! En los desvanes está el amanecer de vuestras vidas. Aquellos silencios tan especiales recorriendo con la mirada tu colección de peonzas huérfanas, sin guía, o con la cuerda raída alrededor; las partituras de la guitarra, tu primera cadena de música, los apuntes de la carrera, la tienda de campaña donde te propuso hacer el amor la primera vez. Y aunque te pillara desprevenido, el temor a defraudarla se evaporó al ser mutua la inexperiencia. Y experimentasteis aquel verano todo lo que su imaginación y la tuya habían fantaseado durante años. Y no como ahora que, a veces, tienes que borrar a escondidas las huellas de tu entusiasmo involuntario y no correspondido. Ella ni se imagina que aún conserves esa tienda. Vives en un cementerio de elefantes.

Un día, al entrar en casa, la sorprendiste preguntando a una amiga por teléfono si le había gustado la exposición de Pompeya. Quería ir a verla y a ti, ni un comentario. Siempre te había hablado de la agenda cultural que ibais a compartir. Y lo hacía contemplando vuestro retrato con ojos de

lejanía. En el jarrón unas rosas marchitas con las cabezas bajas como dos ajusticiados. Un intruso, así te consideraste. Arte, solía repetirte emulando a Duchamp, es lo que cada uno decide considerar arte. Y en eso es en lo único que ya no discrepáis. ¿Por qué te ocultaría esta exposición? ¿Por qué, al verte en la puerta del salón, hizo una pausa y cambió de tema? No te atreviste a comentar nada. Como tampoco lo hiciste, cuando hace un par de meses, os encontrasteis con una pareja de conocidos y la oíste hablar de la película “La soledad”. Y te sorprendiste con una mirada furtiva. Tú que miras de frente y a los ojos, ¡cómo pudiste! ¿Por qué no te dijo que la acompañaras al cine sabiendo que os gustan las mismas películas? Y jugó al despiste llamándote cariño delante de ellos. Era la primera vez. Sabe que odias esas hipocresías en público. No te gusta la gente que adapta la verdad para no herir. Y sin embargo, ante los focos del quirófano, ante esa falsa luz que simula ser natural, cuando el ayudante del cirujano le dijo pero qué ojazos, pensaste que eso sí que lo recordaría y te lo restregaría, repitiéndolo ante todo el que viniera a visitarla. Después se quedó dormida y no fue capaz de responder ni a la primera pregunta que el anestesista le hizo. Sus ojos como los ojos del agua siempre abiertos, alerta, camaleónicos. Por un momento imaginaste que era una desconocida la que yacía en esa cama, que no era ella, que ella estaría en casa a estas horas en su ritual. Echándose potingues en la cara, encerrada en su cuarto de baño, su tabernáculo, rodeada de frascos de todos los colores y tamaños. Y saldría, al cabo de un rato de oírte entrar, y te preguntaría si eres tú. Le contestarías con pena por la costumbre ¡pues claro!, ¿quién más podía ser? Aunque te quede ese regusto dulzón de tahona prefabricada que desprende su nuevo perfume. ¿Por qué le cuesta tanto al viento cambiar de dirección? ¿No será porque su cambio provoca catástrofes?

Pones tu CD favorito de Pablo Milanés y le dejas repetir “Para vivir”, hasta estremecerte. Como te estremeció el maullido agonizante, de emponzoñado dolor de aquellos gatos que alimentaban los vecinos. Sus ojos, ¡tienen tantas tonalidades los ojos de los gatos!, por primera vez de un mismo color moribundo, no se aparearon ese anochecer. Aullaban de incompreensión a la indiferente luna tras el festín que, aquella madrugada, una mano conocida les había brindado. Como tú aquella noche en que el carraspeo de la novia de turno del vecino se convirtió en jadeos contenidos e intentaste acercarte a ella pero protestó como si fueras a arrebatársela del sueño profundo y maravilloso en el que se había instalado. Y callado te diste la vuelta y te levantaste a beber un sorbo de agua. No te olvidas, no.

Te reconcomías pensando qué tendría el sinsustancia ese del vecino que con su cara miope las cautivaba a todas, mientras el cielo se fue poniendo cada vez más gris plomizo, después negro inquietante igual que tus noches de insomnio. Desde ese día odiaste esa cama igual que comenzaste a odiar

las camas de hotel que chirrían nada más acostaros y que parecen delatar la intimidad de parejas predecesoras. Quizá por eso lo primero que compraste para esta casa nueva fue una cama discreta a la que vuestros cuerpos no logran inmutar.

Desahógate, prueba a imaginar que se ha ido, si sólo estás escribiendo. Los escritores son dueños absolutos de la vida de sus personajes. A diario te cerca la muerte tanto que te sientes incapaz de jugar con la vida de los demás. Pero si entre el nacimiento y la muerte sólo hay cercanía. Deja de creerte un coche aparcado en doble fila. Ahora es tu oportunidad. Imita a la golondrina que tú creíste kamikaze porque se arrojó a la ardiente arena y permaneció inerte en el hueco que su cuerpo, en la caída, había formado, hasta que le apeteció reemprender el vuelo. Imagínate un paseo en un vaporcito de esos que recorren pequeñas bahías y que te fascinan. Aunque desde ellos, nunca se pierda de vista el puerto en la línea del horizonte, podrás guardar una distancia de él. Por unos instantes estás ahí, a fines de agosto cuando el sol resiste las embestidas de las nubes, recostado contra el muro de la playa que retiene y cobija el calor de sus rayos, dándote un respiro. La quietud amansa el tiempo que se desboca conforme vais cumpliendo años. Disfruta de esa sensación nueva de quietud solitaria, de alivio, de no tener que fingir ni preocuparte por si algo le disgusta. Sin escuchar sus dónde están mis... o sus qué hace esto aquí... Sólo eres el guardián cuando a ella le viene bien. Para el resto es su opinión la que prevalece, esto procede, esto no procede. ¿No estás cansado de ir unos pasos tras de ella? ¡Cuánto no te amo princesa!

Aprieta como un zapato de horma estrecha y, sin embargo, no eres capaz de dejarla. Si no tienes de qué sentirte culpable, lo único que ocurre es que está en el hospital. La cima de la montaña se pierde en la nube que descarga sobre ella. Se deja atrapar en su jaula azul. No puedes más, intenta recostarte, conciliar el sueño un par de horitas. No lo consigues, en la espesa oscuridad del dormitorio ni siquiera hay sombras. ¡Y luego dicen que la noche tiene alas! Que acabe, que pase de una vez ésta. La oscuridad se ha adueñado de ella, la empaña agrandando tus pensamientos, ennegreciendo tus temores. La noche sitia al dolor. A los moribundos no les permite conocer un nuevo día, por miedo a que no regresen a ella. Siempre victoriosa. Sus cielos son sarcófagos decorados con estrellas. Cierras los ojos, ni una imagen en blanco y negro para mitigar esta angustia. Cuando eras niño los cerrabas y el mundo desaparecía y te encontrabas seguro. Seguro en esa oscuridad de tinta de calamar que

salpicaba tus ojos mientras tu madre los arreglaba. ¿Por qué ya no logras hacerlo?

Suena el móvil, si fuera la misma mujer de antes... No, no, es el móvil de ella, ¿habrá alguna novedad? La voz de su madre te dice que está despierta

y pregunta por ti. El alba es la transición entre la noche y el día, ¡escógela para vivir! Voy ahora mismo, esa es la respuesta que esperan y la das.

Siempre das lo que los otros esperan de ti. Presionas la cisternilla del váter, el remolino de agua provoca una estampida en el desagüe. Ni te has afeitado. Deja de mirarte en el espejo. Ha pasado ya. Ve y abre todas las ventanas de par en par, sube las persianas hasta el tope. Las ventanas no deberían tener persianas. Está pitando la cafetera en la cocina. Allí, entre las rejas del tendedero, al sol le ocultan diminutas nubes mientras se abre paso por el otro extremo de la casa, en el salón. Simulan dos días distintos y sólo depende de hacia qué lado mires. Ve y siéntate tranquilo, junto al balcón del salón. Fíjate cómo los terrones de tierra seca, bajo las flores, se han apoderado del jardín. Se aproximan nubarrones, ¡si por fin descargarán...! La sombra va creciendo, engullendo la luz que se refugia entre los dos bancos. Comienza a desbordarse el cielo en goterones. El sonido de la lluvia ha roto este tremendo silencio que te acechaba. Te sientes de corcho y te asustas.

El jardín se está llenando de sonrisas amarillas. Las gotas de agua resbalan perezosas por las comisuras de los pétalos. El sol que se proyecta las posee exhaustas. Se han saciado las reseca entrañas de la tierra. Algo ha cambiado. ¿Recuerdas aquel cumpleaños que, tras varios años de intentos fallidos, conseguiste apagar todas las velas de tu tarta? ¡Cómo olvidarlo! Desde ese día no volviste a tener aquella pesadilla en que subías una cuesta interminable y, aunque el sueño se interrumpiera, volvías a dormir y reemprendías la subida. Idéntica emoción te deja este fugaz y deseado aguacero.

Muchas noches desde tu ático te hicieron compañía aquellos gatos abandonados de los que nadie conocía su procedencia y que procrearon allí. Y ahora desde tu balcón la historia se repite infinita, parecida a la que se ve a diario en el hospital. La muerte que nos universaliza en el horror, nos unifica a todos los seres vivientes. Intentas que, ante ti, tus pacientes no pierdan la calidad de hombres. Te esfuerzas por no verlos simplemente como un cuerpo enfermo o una amalgama de órganos en descomposición. Han sobrevivido dos gatos, deben ser los más fuertes. Pero el veneno comienza a hacer estragos en ellos, las calvas de su peludo cuerpo se van abriendo camino. Alguien ha borrado las huellas de los otros, los desaparecidos, como tú estás haciendo desaparecer las huellas de este mes para cuando vuelva a casa. Te da la impresión de hallarte en una pista de la que no despega ningún avión. Quizá no lo logres pero inténtalo. ¿Es que tú

no tienes penas? De qué serviría confesarlas. El silencio por respuesta, ella se lo dice todo. Serás capaz de vivir sin ella, sin la que es ahora, sin su última versión de cómo os conocisteis. Ya no fue en un encuentro que el azar os deparó, fue un tropezón absurdo. Pero acabarás ese café y correrás a su lado. No lo hagas, los globos que se escapan, no miran hacia atrás.

Sólo cuando echa en falta algo a lo largo de la semana, te pregunta si lo has apuntado en el bloc de notas que pende de la puerta de la nevera. Luego si falta algo, tendrás la culpa tú por no haberlo anotado. En alguna cena o por la calle se os acerca alguien a pedir. Busca algo de calderilla y se lo quita de en medio. Pero luego se queda mascullando durante días su pesar por no haber ayudado más a ese desdichado. Al final te increpa por no habérselo dicho. Ella es así. Necesitas comer sandía, es tu único consuelo aunque sabes lo que significa. Y luego esa manía de ir de paseo hasta la puerta del mismo parque pero le da miedo adentrarse y no te deja pasar de allí. O eso de tener todo el día las persianas a medio subir. Y ella pedalea con furia en su bicicleta estática que chirría y no te deja engrasar mientras tú lees el periódico y el telediario de la tres se esfuerza por captar vuestra atención. Pedalea como si estuviera huyendo, como si pudiera dejar atrás la rabia y el miedo que están atenazándola. A ti el mundo sin palabras no te resulta extraño, es más, forma parte de ti, has aprendido a saborear los silencios pero a ella, a ella le atormenta no tener aunque sea una sola palabra en la boca. Cuántas veces escuchándola protestar, relatando por lo bajini contra el ordenador o los muebles de la cocina a los que no llega sin empinarse. Otras, canturreando por encima de la música, has acudido sonriente donde ella estaba y ella se sentía el centro de atención y te contaba los pormenores de sus pequeños problemas. Ahora no, ahora si te pregunta si te pasa algo, contestas, nada. Siempre nada, replica. ¡Pero dime algo! Quizá, acaso, ¡qué retahílas de sinrazones! Y es mejor que calles porque no importa lo que contestes, el chorro estaría asegurado. Es semejante a la marca de castillos de fuegos que el mar hace y deshace infatigable en la arena. Te estás quedando sin aliento.

Desde pequeño te horrorizaba que otros niños se pelearan y te apartabas para que no te hicieran partícipe de esas peleas que nunca acertabas a comprender. En cambio ella, ¿recuerdas aquella tarde en que se empeñó en que llevaras el coche al centro? Ibais a los Renoir, a ver “La leyenda del santo bebedor” y no encontrabais aparcamiento. Dando vueltas vio un coche que maniobraba para salir y te colocaste tras él pero tuviste que retirarte para que pudiera salir. Entonces aprovechando la situación, otro con una pareja de macarras, os adelantó y ocupó la plaza. Y ella les hizo frente sin amedrentarse por sus amenazas. Al contrario, su risa chulesca la enardeció y tuviste que arrancar y ceder porque no te escuchaba que no

valía la pena. Y seguiste buscando aparcamiento y ella profiriéndoles insultos hasta que entrasteis al cine. Al salir os gustó tanto la película que se olvidó de ellos y tú mirabas con precaución por si volvíais a verlos. Como miras el reloj ahora y sabes que no puedes esperar más. No vas a llegar tarde, tú tan puntual, tú que eternamente estás esperándola. Dice que vayas andando, que no la esperes, que te adelantes pero ralentizas el paso. Y, de vez en cuando, te giras buscándola hasta que aparece por la otra acera. No puede remediar ser impuntual, pero todo el mundo se lo perdona porque la conocen y siempre tiene excusas convincentes para su tardanza. Te identificas con el riego automático del jardín, puntual a la misma hora, fiel a su cita. Tras ella, siempre unos pasos por detrás, un apéndice de su espalda, en eso te has convertido. No sabes que el desamor embosca en lo más oculto como las alimañas y aguarda paciente a la víctima herida. Regresas al hospital, estás llegando al vestíbulo y suena el móvil. Es la desconocida. Respondes sólo con un sí y la dejas hablar. Me he equivocado de nuevo, dice. Siempre me equivoco y calla. Di algo, di que nadie se equivoca aunque le hayan convencido de ello. Pero ¡qué haces!, deja de sonreír, ya estás con esa sonrisa inquieta que atenaza tu boca. Va a colgar y no te volverá a llamar nunca. Sientes que vas a perder la seguridad con la que habías estado viviendo todos estos años y no sabes a qué aferrarte. El musgo se amalgama al árbol donde crece. Entrás en la sala de espera y dejas que la luz del móvil se vaya desvaneciendo. ¿Qué otra cosa puedes hacer? Las lentes quemadas ni pueden despegarse del fondo ni removerse. Te aletargas como un lagarto desnudo, hipnotizado por el sol. Infeliz, murmuras entre dientes. No hables para el cuello de tu camisa, ¡qué manía tienes!, pareces escucharle decir. Te encaminas a la habitación y entras, está sola, duerme. Mientras le cambiaban la cura, su madre ha aprovechado para ir a desayunar. Eres tan transparente para ella que tienes la sensación de que se va a romper el cristal donde te miras. La vida, continuar viviendo. Esta curiosidad que te mueve desde niño, te obliga a seguir adelante. Si no lo vivieras, nunca averiguarías lo que te depara el destino. Entonces, te tumbas a su lado, extiendes tu cuerpo a lo largo de la cama, lo más próximo posible, igual que una constrictor mide a su presa antes de engullirla. Y la engulles.